José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

55 "Vuelve Perón, flaco"



Suplemento especial de Página|12

"DESAUTORICE A LA GUERRILLA"

No sería aconsejable creer en el fervor democrático de Aramburu o de Lanusse. No era por "demócratas" o por "patriotas" o porque buscaban la "unidad y la concordia nacional" que aceptaban el diálogo con los peronistas y hasta el negociado regreso de Perón. Seguían siendo tan gorilas como siempre. Quizá mi pintura de Aramburu haya sido algo benigna. O no. Pero habría que comprender lo siguiente y yo debo explicarlo bien: el planteo de Aramburu –más allá de lo que él interiormente sintiera– tendía a una democratización de la sociedad. Pero, ¿por qué había llegado a ese punto? Porque no se podía avanzar más con la proscripción del peronismo. Aramburu es el que dice: "Nos equivocamos. O damos marcha atrás o nos hundimos todos". Muerto Aramburu, Lanusse es el encargado de llevar adelante esa tarea. Hacen política. No la hacen por bondad. No la hacen por maldad. Actúan según –al fin– una certera visión de la encrucijada argentina. Lo intentaron todo con el peronismo: bombardeos, fusilamientos, matanzas clandestinas, torturas, desprestigio, ataque ideológico intenso, educación en las escuelas (los "libertadores" fueron tan lejos o más que el peronismo en meter propaganda en las mentes de los estudiantes) y nada resultó. Han pasado 15 años. Es necesaria la jugada más riesgosa. Ellos no pueden arreglar el país. Aramburu todavía podía proponer una tarea de conjunto. El Cordobazo lo tenía bien alerta sobre los conflictos sociales que se avecinaban si el rumbo seguía siendo el de siempre, el del Estado Gorila. Lanusse ya actúa en un país altamente crítico, caldeado. Al borde del enardecimiento. Hay que traerlo a Perón. Esto lo tiene que arreglar Perón. En rigor, el relato es instructivo: lo echaron a Perón en 1955, lo agraviaron incesantemente, no lo dejaron llegar en 1964, y a partir de 1970 empiezan a soñar con su regreso. Lanusse, más que soñarlo, lo lleva a cabo. (Por supuesto: es la lucha popular la que acorrala al Estado Gorila y lo atemoriza al punto de obligarlo a negociar.) Pero la cosa –en resumen– es así: "Venga y arregle el desastre que hicimos por echarlo a usted y tenerlo prohibido durante 15 años". Perón lo dijo: "No es que yo haya sido bueno. Los otros fueron peores". Gran frase irónica. La frase desdeñosa de un ganador. Si Aramburu aún habría podido negociar, Lanusse escasamente. Sabía que su tarea era hacer un traspaso del gobierno. Pero había algo en lo que no iba a ceder. No sólo él. El Ejército al que representaba: *Perón tenía que desautorizar a la guerrilla*. Si volvía era para hacer un país democrático. "Gobierno de las mayorías con respeto por las minorías". El único gran miedo del Ejército –y de las clases dirigentes, propietarias– era ese "foco marxista" que señalaría Sánchez de Bustamante. (*Nota*: Observemos que para el Ejército –Sánchez de Bustamante es perfectamente claro– la izquierda peronista, con su expresión armada: las *formaciones especiales,* no era, como tanto despistado dijo, ya fuesen los erpianos o los "izquierdistas" o los "socialdemócratas" o los "comunistas", la pequeña burguesía nacionalizada, no era la juventud que adhería a un proyecto burgués nacional, era el *marxismo*. Acaso no el marxismo teórico. De esto sabían más los de *Pasado y Presente* que los militantes de la Jotapé. Sino el marxismo político, el subversivo, el que agredía la seguridad nacional. El marxismo que buscaba aniquilar el orden occidental y cristiano. No se equivocaba Sánchez de Bustamante: el verdadero marxismo, el de extrema peligrosidad, estaba *en* el peronismo. Era ése, no otro. No les preocupaba el Negro Portantiero. Ni Horacio Sueldo. Ni Juan Carlos Coral. Ni Ismael Viñas (si es que aún no había partido hacia Israel). Ni ninguno de los prestigiosos izquierdistas que provenían de la revista *Contorno*, siempre bien mirada por los ámbitos cultos, en tanto que *Envido* es "populista", o sea, "grasa". A los milicos les preocupaba la izquierda *peronista*. Las otras no. Eran impotentes. No molestaban a nadie. Pero los "zurdos" de la Jotapé habían tenido la nefasta idea, para el régimen, de meterse en el peronismo. Y los aceptaban. Las bases y Perón. Porque hacían trabajo en las villas, en los barrios, en las universidades y hasta en los sindicatos. Y Perón les mandaba sus amables cartas, validándolos. No hay por qué no entenderlos: aceptamos a Perón, pero no a su "núcleo marxista". Para peor, el "núcleo" crecía sin cesar. Pronto "núcleo" en lugar de significar: "sector pequeño pero agresivo", iba a significar lo que significa "núcleo": el punto central de una esfera, de una totalidad, de un movimiento político. Si la JP pasaba a ser el "núcleo" reemplazaría a Perón. De lo cual los militares deducían que harían suyo al Movimiento y lograrían su temido giro al "marxismo". Contra el que, según cualquiera sabe, Occidente, durante la Guerra Fría, estaba en guerra, y de las fronteras hacia adentro esa guerra la libraban los ejércitos nacionales. En suma, negociamos todo menos la guerrilla. Usted, si quiere volver, desautorícela ya mismo. Seguían sin conocerlo a Perón. Si Drácula lo visitaba en Madrid y le decía que quería ser peronista, Perón lo sumaba. A Drácula y al mismísimo Príncipe de las Tinieblas, el bebé de Rosemary. Si los sumaba y le obedecían, ni loco los iba a desautorizar. Eso pasaba con la guerrilla. El tema de la des-autorización (prefiero escribir así esta palabra-concepto) empezó apenas encontraron el cadáver de Aramburu. Pero aun antes –el domingo 31 de mayo– Perón declara que nada tiene que ver con el secuestro del ex presidente y que ningún grupo peronista, que él sepa, se halla en esa cuestión. Pero se detiene y arroja una frase urticante: él no puede hacer declaraciones sobre los sucesos del país porque es un expulsado, carece de ese derecho. Aparece Aramburu, aparece en Timote cubierto de cal. Hay solemnes funerales. Y Héctor Sandler, de Udelpa, quiere decir un discurso que Levingston, ya a cargo de la Presidencia, impide. En Munro, cerca de la fábrica de conductores eléctricos que tenía con mi hermano y mi viejo, cultivaba yo la costumbre de almorzar con los obreros, serían unos quince, de la pequeña planta. Uno de ellos dice: "Yo no les creo nada. A ellos se les pierde. Ellos lo encuentran. ¿Y nosotros? Giles de la popular. Miramos el partido de lejos y no entendemos una mierda". Munro, hermoso feudo de la pequeña y mediana industria nacional, no derramó una sola lágrima por Aramburu. Hacia fines de 1971, los obreros ya habían puesto grandes fotos de Perón y Evita dentro de la fábrica. Yo, ningún problema. Mi hermano refunfuñaba. Pero era inútil. Era la gran ola peroncha y no se podía parar. "¿Lo mataron a Aramburu? Mirá vos. ¿Qué querés? ¿Que llore? A ése se la tenían jurada. Hizo méritos de sobra para ganársela, y se la ganó."

LA CIUDAD TERRENA Y LA CIUDAD CELESTE

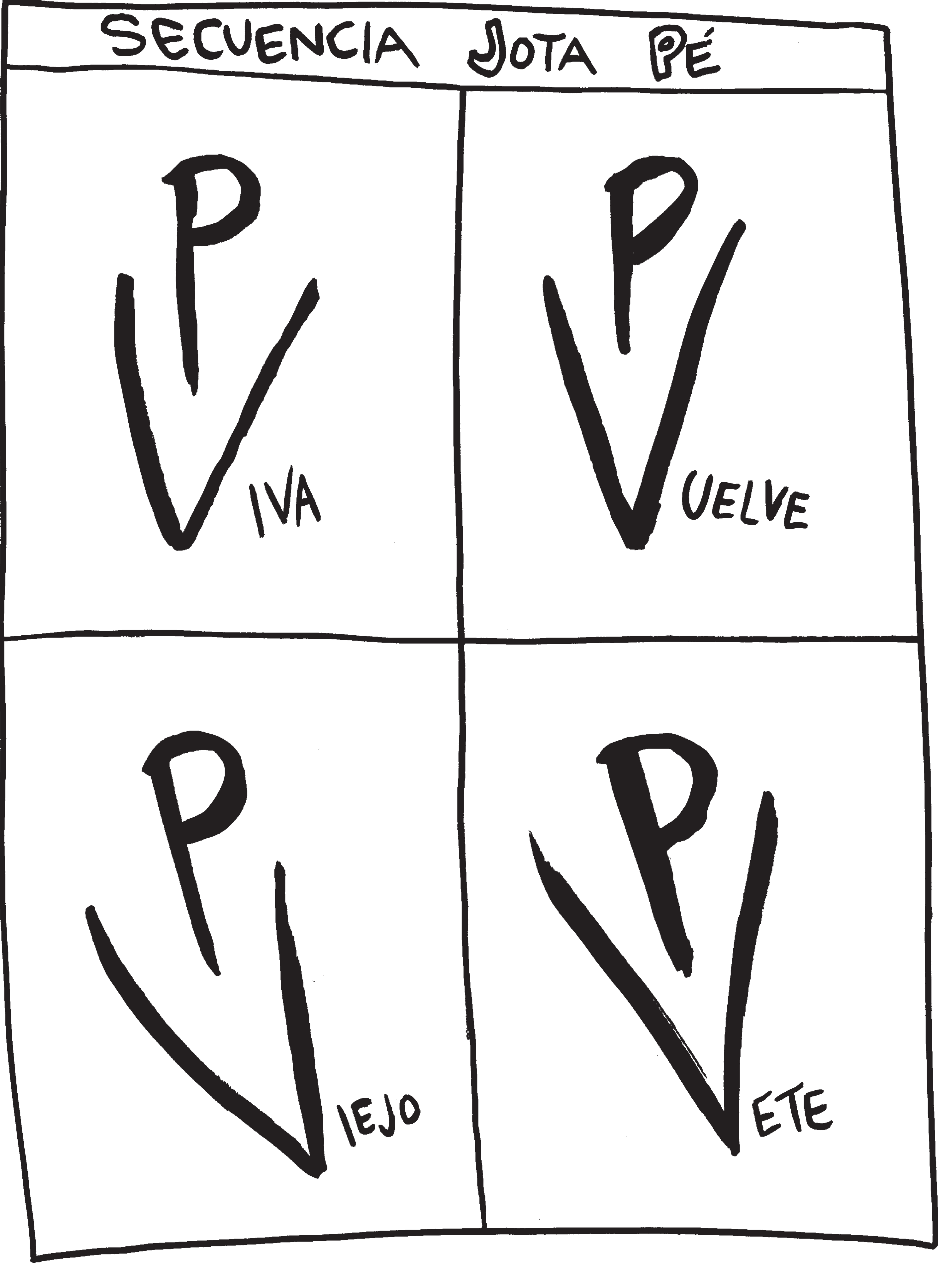
No públicamente sino en voz baja, en la tonalidad de lo secreto, se le exige a Perón que condene la muerte de Aramburu. El "asesinato" dicen claramente los hombres del Régimen. Perón, no. No les da el gusto. No cede. Supongo que podemos entenderlo: si condena la muerte de Aramburu condena a sus "muchachos" de la guerrilla. Y no lo va a hacer nunca. Salvo cuando lo jodan a él. Pero falta. Mientras liquiden a tipos como Aramburu, Perón les dará manija. Se establece entonces la rica relación epistolar. Los sectores combativos del Movimiento tienen todavía un temor: que Perón se eche atrás. Que reniegue de ellos. El sepelio de Fernando Abal Medina, muerto en la localidad de William Morris aparentemente por una delación, genera un velatorio y un entierro conmovedores. Habla el Padre Benítez: "Vivimos en una nación para el goce de pocos y el sacrificio de muchos. A los ojos de Dios, los que juzgan preguntando si has dado de beber al sediento son respondidos por Carlos Gustavo (Ramus) y Fernando Abal (Medina) que dieron sus vidas, con acierto o con error, para que en el mundo no hubiera más sed ni hambre". Ese 10 de septiembre de 1970, el viejo confesor de Eva Perón llega más hondo que nunca cuando explicita descarnadamente que los jóvenes que han sido abatidos vivieron en una Argentina dictatorial, injusta, de proscripciones. Una Argentina que los ahogó hasta hacerlos explotar. *Una Argentina que los arrojó a la violencia.* Benítez no tiene dudas, nosotros tampoco: es el empecinamiento gorila, la ceguera, la bobería, lo que tapa todos los canales de participación. Borges, compadreando, cuando el gobierno de Perón lo "asciende" en el rango municipal de su insignificante puesto en la Biblioteca "José Mármol" de la calle Carlos Calvo a inspector de aves y huevos en los mercados municipales, se siente muy incómodo. Esto no habría ocurrido con la fórmula radical Tamborini-Mosca, "la fórmula de la bosta". ¡Semejante afrenta de la barbarie a semejante escritor! "Días después, la Sociedad Argentina de Escritores, presidida por el narrador comunista Leónidas Barletta, tenaz enemigo de Borges desde los días de *Martín Fierro*, organizó un nuevo desagravio. En la mesa de homenaje, después de que Barletta elogiara el coraje cívico del renunciante, habló el homenajeado. En su discurso precisó: "*Las dictaduras fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad: más abominable es el hecho de que fomenten la idiotez...*" (Horacio Salas, *Borges, una biografía*, Planeta, Buenos Aires, p. 221). ¡Oh, qué exquisito! La idiotez. Eso agredía a las inteligencias patricias. La idiotez de los torpes, de los inferiores, de los ignorantes, de los bárbaros. ¿Qué otra cosa sino la idiotez podían exhibir? Bien, Borges, créame: también las dictaduras de Aramburu y el energúmeno de Rojas, de Onganía el leporino, de Levingston el caído del Cielo y de Lanusse *fomentaron la idiotez*. Ante ellos, ese a quien usted acusaba de fomentarla en el pasado, se lució como un estratega y un líder que condujo a todo un complejo movimiento de voluntades acaso bélicamente diferenciadas hacia un mismo fin. Ustedes eran aprendices al lado de Perón. ¿Sabe por qué? ¿Está listo para sorprenderse? Porque Perón era más malo, pensaba peor de los hombres que ustedes, y había estudiado estrategia, para lo cual había leído muy bien a Clausewitz. Que a nadie altere que diga que Perón era más malo que sus enemigos. En política, como en fútbol (deporte táctico y estratégico si los hay), la maldad es parte central del asunto. Lo dice Perfumo, que sabe. Si viene un delantero con pelota dominada, podrá pasar la pelota, el delantero no. Como ninguno de ustedes tuvo estatura moral, el único elemento con el que habrían podido ponerse por encima de Perón estaba en el campo del pragmatismo político, el viejo león herbívoro los barrió. Tenía, además, al pueblo y a los fierros con él. ¡Ustedes, con sus increíbles torpezas, se los habían entregado!

En el entierro de Fernando habla su hermano Juan Manuel, que pronto llegará a ser secretario general del Movimiento Justicialista. Habla no como un amigo, no como un hermano, sino como un camarada. Habla de un solo deber que a todos convoca: el de una guerra justa por una tierra carnal. Dice, también, con intensa expresividad, que una muerte sólo se agota en ese momento en que las causas que la llevaron a enfrentarla son para siempre barridas. Y recurre a San Agustín. Y, emocionado, dice: "Frente a la Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos –montoneros de la Ciudad Terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celeste– representan a la Argentina Prometida, que Dios quiso que naciera del amor de su coraje y su silencio".

LA CONDUCCIÓN DE "MONTONEROS" CAE EN MANOS DEL "NEFASTO"

¿Cómo llegan los Montoneros a Perón? Fácil: por medio del gran aventurero de la izquierda peronista. El líder de *JAEN* (*Juventud Argentina por la Emancipación Nacional*), el inefable Roberto Galimberti. El que terminaría haciendo negocios con Susana Giménez, asociado a los Born, el que se casaría en Punta del Este, en medio de la fastuosidad, de la frivolidad y de la abierta burla a toda una generación, de una inmensa carcajada ante los muertos, con una hija de Jorge Born, que acepta a su secuestrador como socio y miembro de su familia. Difícil averiguar qué clase de locura tenía. Pero hacia fines de los '70, comienzos del '71, Galimba, fascinado por la guerrilla, se acerca a los Montoneros y, diciéndoles que viaja a Europa y va a entrevistarse con el General, les pregunta si quieren que le lleve algo. Los Montoneros le dan una carta. La primera que le escriben al león herbívoro madrileño. Galimberti viaja, se ve con Perón y le da la carta. De paso saca patente de Correo de los Zares. El Zar de la conducción. Y el Zar de la lucha armada. Que todavía no lo era tan decididamente Firmenich porque vivía el mitológico Negro Sabino Navarro. Son dos muertes, la de Fernando Abal Medina y la del Negro Sabino, las que llevan la conducción de Montoneros a manos de Firmenich. Lástima. José Sabino Navarro no venía de Tacuara ni del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (su escisión por izquierda) ni del catolicismo ni su familia tenía fortuna. Al contrario: el viejo del Negro Sabino era analfabeto. El, que había nacido en 1942, tampoco había conocido de pibe el Barrio Norte ni había ido al Nacional de Buenos Aires. (*Nota*: Pero nunca hay que olvidarlo: ¡cuántos pibes asesinaron del Nacional de Buenos Aires! Ya hablaremos de eso. Leer entre tanto: *La otra Juvenilia* de Santiago Garaño y Werner Pertot. Y el gran trabajo fotográfico de Marcelo Brodsky, hecho a partir de la desaparición de su hermano, *Buena memoria*, con textos de Gelman, Caparrós y míos. Pronto haremos un análisis de esos jóvenes desaparecidos. Veremos la inmensa cantidad de alumnos judíos. En suma, no hay que confundirse: los Montoneros podrían tener, como tuvieron, su origen católico y tacuarista, pero la Juventud Peronista estuvo llena de muchachos judíos. Todos se movilizaron juntos en la lucha por traer a Perón y después eligieron su destino en medio del desastre que fue gestándose como una maldición irrefrenable. Analizaremos esto.) El Negro era correntino. Llega a Buenos Aires a los doce años. Vive en una prefabricada en San Miguel. Está entre el grupo fundador de Montoneros. Es incierto si participó o no en el secuestro de Aramburu. Pareciera que no. Pero no es seguro. Al morir Fernando Abal Medina en William Morris (el 7 de septiembre de 1970) asume la conducción de Montoneros. Pero no le dura mucho. Cuenta Baschetti: "En julio de 1971 Navarro es sancionado con una despromoción y enviado a Córdoba. Dicha decisión tiene que ver con su labia y su pinta, *aunque parezca mentira*. Es que a las mujeres no les resultaba indiferente ese trabajador metalúrgico con ciertos aires a Emiliano Zapata. Por lo que el 'Negro Sabino' tenía una amante llamada Mirta Silvia Silecki, de 25 años de edad, ajena a la militancia y al ámbito político..." (Roberto Baschetti, *La memoria de los de abajo, hombres y mujeres del peronismo revolucionario, 1945-2007*, De la Campana, 2007, vol. II, p. 80). Cierta noche la cana lo encuentra en un Peugeot 404, ¡rojo!, apretando con la piba Silecki, que debía estar buenísima y al Negro le importaba poco que militara o no militara; total: para salvar a la patria estaba él. Tenía la captura recomendada, de modo que le era necesario cuidarse, y mucho, posiblemente más que cualquiera. Pero se ve que a Sabino las hormonas lo podían. O que su mujer era medio bagayo y la Silecki no le hablaba ni por casualidad de la liberación nacional y social de la patria pero lo hacía demasiado feliz. Feliz hasta el riesgo y la perdición. Les dice a los canas que tiene sus documentos en el baúl del coche, en un maletín. Abre el baúl, abre el maletín, saca un 38 largo y apunta hacia los canas. Uno se le tira encima. El Negro lo elude y después –veloz, decidido, mientras la Silecki veía las maravillas que podía hacer su varón metalúrgico y morocho– los liquida a los dos, sin asco. Todavía más: les saca las armas, va al patrullero y se queda con la metralleta que ahí encuentra. Sube a su Peugeot rojo y se va. El episodio aparece en "una revista montonera de la Juventud Peronista, pero nada se dijo en el relato de la mujer que lo acompañaba; según ese relato todo lo acontecido le había ocurrido a él solo. Es que resultaba muy difícil de explicar para la moral montonera y 'cristianuchi' de la época, que el 'Hombre Nuevo', el 'Guerrillero Heroico', se encamara con otra mujer que no era su esposa..." (Baschetti, *Ibid*., p. 81). Por tal motivo... el Negro Sabino –en julio de 1971– es sancionado por la Organización. ¡El, que en ese momento era el jefe! Lo mandan a que se haga cargo de la Regional Córdoba. Se lo sacan de encima. Desdichado momento para la historia argentina, y no exagero. El 22 de julio anda por Río Cuarto. Tiene un operativo en vista. Necesita un par de automóviles. Se los está afanando cuando aparece la cana y empiezan los tiros. El Negro –y los que lo acompañan– huye. Lo persiguen. Lo hieren en un hombro, en una pierna y lo obligan a retroceder hasta la zona serrana. "Antes de morir desangrado, tiene tiempo para ordenar a un compañero suyo (Jorge Alberto Cottone) que se escabulla; como éste no quiere dejarlo solo, le ordena: 'Yo soy el Jefe y ordeno que usted se salva' (...). Navarro fallece el 28 de julio de 1971 a la edad de 29 años" (Baschetti, *Ibid*., p. 81.)

Con la muerte de Fernando Abal Medina y del Negro José Sabino Navarro (que no era "cristianuchi", gran anotación de Baschetti) sucede lo peor: la conducción de Montoneros cae mansamente en manos... del *Nefasto*. (Por eso dije que la destitución del Negro y, más aún, su posterior muerte, implican un desafortunado momento para la historia argentina.) El *Nefasto* no tiene la pinta de endemoniado dostoyevskiano de Fernando Abal, de jacobino alucinado a lo Castelli. No tiene la pinta bien nacional y popular, el origen humilde, el trajinar metalúrgico del Negro



Sabino Navarro. Nada de eso. Es más bien tirando a gordito. Tiene la cara del "Manolito" de Quino. (Y, en efecto, le dicen "Manolito".) No tiene talento, no tiene una inteligencia remarcable, sino apenas una memoria privilegiada, que es, de algún modo, la antítesis de la inteligencia, cuya cualidad fundante es *pensar*. Pero es frío y ambicioso. Es –lo sabemos– Mario Firmenich. Y ahora es el jefe de Montoneros y lo seguirá siendo.

CUESTIONES DE ESTRATEGIA

En William Morris y en la soledad serrana se le abrió la posibilidad de la jefatura. Es innegable que la conducción de Fernando Abal Medina habría sido fría y hasta despiadada. El era capaz de ser despiadado consigo mismo. Pero tenía una inteligencia superlativa y habría llevado las cosas con mayor habilidad. Un tipo inteligente sabe cuándo no envanecerse, cuándo no ir al choque inútilmente, cuándo avanzar, cuándo retroceder. En la revista *Militancia* del 6 de septiembre de 1973 (un momento en que el Viejo estaba amable con la JP porque los necesitaba para la campaña electoral, y hasta había hecho el patético desfile de "unidad del Movimiento" del 31 de agosto, en que pasaron ante él los que se habían enfrentado en Ezeiza y los que se masacrarían a partir de su muerte) hay una nota que se titula "*El mandato político de Fernando Abal Medina*". Presumo que la hicieron Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. Tiene algo muy valioso. Un resumen del proyecto político de Fernando Abal. "Sus pautas esenciales (dicen Ortega Peña y Duhalde) podemos sintetizarlas en: 1) asunción de la guerra popular; 2) adopción de la lucha armada como la metodología que hace viable esa guerra popular, mediante formas organizativas superiores; 3) absoluta intransigencia con el Sistema; 4) incansable voluntad de transformar la realidad; 5) identificación de la burocracia, como formando parte del campo revolucionario; 6) entronque efectivo en las luchas del pueblo; 7) confianza ilimitada en la potencialidad revolucionaria de la clase trabajadora peronista; 8) caracterización del General Perón como conductor estratégico; 9) correcta evaluación sobre los amplios márgenes posibilitantes de actuación dentro del Movimiento Peronista; 10) decisión de luchar hasta el costo de la propia vida..." (*Militancia*, Nº 13, 6/9/1973, p. 11). Ortega Peña y Duhalde señalan que Fernando aún no tenía claro si una organización guerrillera debía definirse como brazo armado, foco irradiador de conciencia u organización revolucionaria de masas. Aquí es donde radica la diferencia que (creo, ojo: *creo*) habría establecido Fernando de haber vivido. Firmenich –a partir del asesinato de Rucci y del pasaje de la organización a la clandestinidad– rechaza la opción de la "organización revolucionaria de masas". Elige la del brazo armado y la del foco irradiador de conciencia. Ya veremos a dónde lo conduce esto. Cosa que muchos conocen. Fernando habría advertido –pese a su jacobinismo pero a causa de su inteligencia– que una "organización revolucionaria" o es "de masas" o no es "revolucionaria". Y si la situación evidente que se detecta es la de un reflujo de masas, ese reflujo debe ser acompañado por la organización, y bajo *ningún punto de vista* debe ésta continuar las acciones por su cuenta bajo el riesgo de convertir su violencia en una violencia de aparato que sólo servirá al régimen tiránico. Por si la palabra "reflujo" necesitara algún acompañamiento que colabore a su necesaria, traslúcida comprensión, entrego algunos sinónimos: descenso - merma - reducción - disminución. Estas son anotaciones momentáneas de temas calientes que trataremos extensivamente cuando llegue su momento, aunque tal vez los venimos afrontando desde el inicio de este trabajo. Pero no somos sólo nosotros los que pensamos así. Hay tipos muy valiosos, de gran conocimiento estratégico-político que han dicho lo mismo: Rodolfo Walsh, por ejemplo. Sigamos a Ernesto Salas, que escribe en *Lucha Armada* un excepcional trabajo titulado: "*El debate entre Walsh y la conducción montonera*". Salas se refiere a dos informes que Walsh escribió con fecha 2 de enero de 1977, cuando, en efecto, estaba trabajando su *Carta de un escritor a la Junta Militar*. Cita un texto al que define como "una verdadera clase de estrategia" (revista *Lucha Armada*, año 2, Nº 5, p. 11). Y lo es: una verdadera clase de estrategia que la conducción montonera no entendió, o no quiso entender o, con perdón, se la pasó por las pelotas, así de bruta era. Escribió Walsh: "Cabe suponer que las masas están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado (...). En suma, las masas no se repliegan hacia el vacío, sino al terreno malo pero conocido, hacia relaciones que dominan, hacia prácticas comunes, en definitiva hacia su propia historia, su propia cultura y su propia psicología, o sea los componentes de su identidad social y política. Suponer, como a veces hacemos, que las masas pueden replegarse hacia el montonerismo, es negar la esencia del repliegue, que consiste en desplazarse de posiciones más expuestas hacia posiciones menos expuestas" (citado por Salas, *Ibid*., p. 11). Formidable clase de estrategia. Lástima que Walsh haya esperado al 2 de enero de 1977 para acercársela a esa conducción extraviada, perdida por su soledad, su egolatría y su mesianismo. Lástima que recién el 13 de diciembre de 1976 le haya dicho que la "situación de las masas" es "de *retirada* para la clase obrera, *derrota* para las clases medias y *desbande* en sectores intelectuales y profesionales" (*Lucha armada, propuestas de Rodolfo Walsh al Documento de la Conducción*, *Ibid*., p. 136. Cursivas nuestras). Cierto: más vale tarde que nunca. Pero, para muchos combatientes enviados por esa Conducción a una lucha desigual, sin ningún anclaje de masas, a la que ellos no se negaron a ir, pero que –al haberse atrevido– merecían una información más real de quienes debían darla, es decir, de sus conducciones estratégicas, *tarde* fue trágicamente *nunca*. "Muchas veces (escribe Horacio Verbitsky en texto que de buen grado firmaría) me he preguntado cómo fue posible que personas de notable aptitud e incluso brillo intelectual se sometieran a los dictados de un liderazgo paupérrimo" (Horacio Verbitsky, Prólogo a Cristina Zuker, *El Tren de la Victoria*, Sudamericana, Buenos Aires, 2003, p. 9). ¿Cómo es posible que Walsh discutiera con personajes como Firmenich, Vaca Narvaja y Perdía? ¿Saben por qué el libro de Cristina Zuker se llama *El Tren de la Victoria*? Porque "reproduce una expresión con la que Roberto Perdía reclutaba militantes para ingresar en forma clandestina al país subyugado por la dictadura militar. No debían perder 'El Tren de la Victoria', les decía en las narices de los servicios de informaciones sembrados en las colonias del exilio. Después, un asistente recogía en una bolsa los papelitos con los datos de quienes accedían a esa conscripción" (Verbitsky, *Ibid*., p. 8). "El Tren de la Victoria" llega a la Argentina en 1979. No quedó uno de sus militantes. Se repetiría la operación en 1980.

"VUELVE PERÓN, FLACO"

Con fecha 9 de febrero de 1971, los Montoneros envían su primera carta a Perón. Dicen: "Al pueblo le queda claro que el sistema es siempre el mismo cualquiera sea la fachada que presente (...). Por todo esto es que a diario cosechamos, en el apoyo popular creciente, los frutos de este ajusticiamiento histórico" (Baschetti, *Ob. cit*., 1970-1973, Tomo I, p. 124). No se equivocaban en esto. Formaban parte de un enorme movimiento popular que pedía una sola, simple cosa: que Perón regresara al país. De aquí que todo lo que se hiciera (en medio de una dictadura, de un país cuya ilegitimidad llevaba ya casi 16 años) le caía bien al pueblo peronista, que aceptó con beneplácito la muerte de Aramburu. Perón *tenía* que volver. Los militantes de las *Formaciones especiales* empiezan a ser llamados "los muchachos" no sólo por las clases bajas peronistas, sino por la clase media, por los intelectuales, por los artistas. Su aceptación –algo que ya en ese momento les costaba entender– dependía de su inclusión en ese anhelo ampliamente popular. Es difícil trasmitir a las nuevas generaciones lo que significaba "el regreso de Perón". No, es imposible. Sólo bastará preguntarse cómo fue posible que marcharan a Ezeiza dos millones y medio de personas. Acaso tres. ¿Qué eran? ¿Eran todos Montoneros? No. ¿Fue una gigantesca equivocación? No. ¿Quién podía saber cómo iban a salir las cosas? *Fue una marcha de fe, un enorme gesto de esperanza, el deseo de una patria generosa, para todos, que todos anhelaban, querían, una apuesta al futuro, el deseo humano nunca satisfecho de la felicidad, de la plenitud*. Desear estas cosas tan intensamente conlleva el enorme riesgo de una frustración proporcional al deseo. "Perón" había terminado por significar tanto que inevitablemente su *historización,* su abandono de la *patria del mito* y su aterrizaje en la *realidad* debía ser traumático.

No lo fue el primer regreso. Pero ya ahí todos sintieron el poder que tenía el aterrizaje del mítico avión negro. Cuento una breve historia: Eran las 7.30 del 17 de noviembre de 1972. Acababa de llegar de Córdoba en *El Rayo de Sol*. No había podido tomar el avión de la noche anterior. No me importó. Siempre me gustó viajar en tren. Fue un viaje difícil. El país vivía en un absolutamente inédito estado de exaltación. El tren demoró 13 o 14 horas en llegar a Buenos Aires. Siempre era un viaje de 10 horas. Fundido, entro en mi casa. Dejo la valija, caigo en un sillón y... suena el teléfono. Es mi amigo Miguel Hurst. Ya voy a hablar (y quizá bastante) de él. Era el dueño de la mítica librería Cimarrón, de la calle Independencia. Ahí se editaban las clases de *las Cátedras Nacionales*. Nos editaba *Envido*. "José." "Qué hacés, Miguel." "¿Sos boludo o te hacés?" "No me jodás, Miguel. Recién llego a mi casa. Catorce horas en tren. No pegué un ojo. Estoy fundido. Ni un paso puedo dar." "Oíme." "Sí." "Vuelve Perón, flaco." Y había que ir a buscarlo. Desafiar el cerco represivo de Lanusse ("No toleraremos ninguna 'pueblada'"). Hasta hubo que cruzar el río Matanzas. Y yo con 14 horas de viaje encima, soñoliento, abombado. Pero esto no importa. De otra cosa quiero hablar: el tono. El tono de Miguel. Nunca lo voy a olvidar. No alzó la voz. No le puso ninguna emotividad. Simplemente lo dijo: "Vuelve Perón, flaco". Nada más increíble podía ser dicho en la Argentina. Nada más negado. Nada más deseado. Era el avión negro. Lo que nunca iba a pasar. Lo que no podía pasar. Ese viejo general de Madrid se iba a morir ahí. Pero volver, nunca. Habían pasado 17 años. Habíamos crecido escuchando que Perón alguna vez volvería al país. Habíamos crecido escuchando que no, que nunca. Habíamos escuchado a nuestros viejos decir que sí o que no. En 1955 yo estaba en sexto grado de la primaria, colegio José Hernández, en Pampa casi avenida Forest. Cayó Perón y entró en el aula el señor Grassi, el director del colegio. Nuestro maestro le cedió su lugar. Grassi habló toda la hora. Que el país había reconquistado sus libertades democráticas. Que el tirano había huido. Que teníamos suerte, y mucha. Que creceríamos en una Argentina libre. Que los mediocres se quedarían al borde del camino. (¡Cómo me asustó esta frase! Doce años del '55 no son los de ahora. Yo era un boludo a los doce años. Me pregunté: ¿y si soy un mediocre, y si me quedo a un costado del camino?) Que los laboriosos, los que supieran usar la libertad ahora reconquistada, los que lucharan por la dignidad de la República, por la democracia, por los valores que nuestros próceres nos habían legado y que el Tirano agravió, llegarían al triunfo en la vida. "Son libres. Son jóvenes. El país de la democracia los aguarda. Vivan por él y luchen por él. Nunca jamás permitan que sus libertades sean pisoteadas. Nunca jamás permitan que regrese un Tirano como Perón para someterlos a sus mentiras, a su demagogia, a su enfermizo deseo de poder, a su régimen tiránico." El señor Grassi se fue. ¡Qué feliz estaba ese hombre! Y nos había venido a ver a nosotros, los pibes de sexto grado, porque éramos los mayores y nos íbamos del colegio hacia otros horizontes, al secundario, a la vida. Pensé: "Ojalá nunca vuelva Perón y seamos felices para siempre". Todos pensamos eso. Hasta mis viejos lo pensaban. Y eso que nunca me parecieron muy antiperonistas. Pero ahora hablaban pestes del Tirano.

–Vuelve Perón, flaco –dice Miguel.

Yo era flaco en 1972. Y Miguel estaba vivo. Y sí, carajo, volvía Perón.

–¿Dónde nos vemos? –pregunté.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

"La Casa de Gobierno cambió de dirección"